

aflojó la espada del ajuste de la empuñadura en la vaina.

Estas precauciones no fueron secundadas del todo entre los demás jinetes, pues algunos se redujeron á imitar el movimiento y á estirar las piernas, desentendiéndose de esos detalles precisos é interesantes.



CAPÍTULO XI

El rancho de las vírgenes.—Rápidos progresos
de D. Jacobo

TRASCURRIÓ un largo espacio de tiempo en medio de un silencio terrible.

La lluvia había calmado, y la tempestad recorría en lejanas distancias el espacio.

La guerrilla desfilaba entre las malezas, sin hacer ruido: parecía una gran serpiente negra que se arrastraba acechando la casita blanca.

En el interior de esta casita se oía el animado diálogo de Rosario y Ma-

ría; vibraba su voz en medio del silencio como el lejano canto de los zenzontles en el bosque.

El peón que velaba en el portal se adelantó algunos pasos hacia el campo, y se puso en observación: nada se oía, pero notaba un ruido extraño, mezclándose al de las corrientes.

A poco entró á buscar al viejo.

—¿Hay novedad? preguntó éste al ver entrar al peón.

—Creo que vienen ya.

—¿Por dónde?

—Deben estar cerca: no se vé, pero se oye.

—¿Y mis hijos!.

—No han venido.

—Que entren los peones: corre, aquí nos encerramos; que traigan sus armas.

—¿Qué hay, padre? entraron preguntando Rosario y María.

—Nada, hijas, nada, una precaución; vamos á encerrarnos.

—¿Y mis hermanos? dijo María.

—Ya vendrán ¡pronto, á la troje! allí se encierran ustedes.

—¡Ya vienen! gritó un pastor.

—¡Ahí están ya! dijo un peón.

—¡Mi machete!

—¡Acá todos!

Y tropel de mujeres y niños y algunos peones se precipitó al patio de la casa, en medio del ladrido de los perros que husmeaban en todas direcciones y aturdían mezclando sus ladridos á las voces de los peones, al llanto de los chicos, y al inexplicable rumor de la repentina alarma.

—Ya nos sintieron, dijo Capistrán, y aflojó la rienda á su caballo, que se desprendió como una saeta, y trás él los demás ginetes, y al último don Jacobo.

Capistrán llegó á tiempo que iban á cerrar la puerta, al grado que un momento después se hubiera estrellado contra ella; pero el caballo de Capistrán azuzado, se lanzó sobre la última línea de luz que proyectaban las dos hojas de la puerta, línea que se ensanchó de nuevo para dibujar toda la figura del bandido.

Se oyeron tres tiros en la azotea, y después dos en el patio, y enseguida un rumor siniestro y una confusa algarabía de golpes, quejidos, gritos, blasfemias y alaridos.

Un guerrillero había caído del caballo en el patio; todo era confusión y desorden en medio de la más profunda oscuridad.

Dos ginetes tiraban tajos y mandobles y acometían con sus caballos á cuatro peones que habían hecho fuego sobre ellos, y que en seguida se defen-

dían á culatazos, pero bien pronto cayeron á los piés de los caballos.

Otros forzaban una puerta que daba al interior de las habitaciones, y Capistrán gritaba á los suyos:

—¡Mátenlos á todos!

Capistrán había disparado los seis tiros de su primera pistola, y había empuñado la espada.

Poco tiempo bastó para que hubieran desaparecido del patio todos los de la casa.

Un guerrillero apareció con un hachón.

Había cuatro cadáveres.

Eran éstos: los dos peones, un guerrillero y el viejo.

Capistrán los reconoció uno por uno, y al llegar al último hundió todavía dos veces su espada en el pecho inerte del anciano, que yacía en un lago de sangre.

—Ahora sí, exclamó; así andarán siendo chismosos estos mochos. Muchachos ¡que viva la libertad!

—¡Que viva! gritaron algunos con voz lúgubre, en medio de aquel cuadro de muerte.

En seguida Capistrán distribuyó su fuerza. Envío algunos á forzar puertas, otros á perseguir á los de la azotea que se habían escondido, y á otros á rondar por el exterior y á atrapar á los fugitivos.

—No suelten á las mujeres; y si chillan, mátenlas.

Don Jacobo no había sido atacado en toda la refriega más que por un perro, que se empeñó en no dejarle movimiento; y don Jacobo entrando en singular combate, sable en mano, sacrificó su primera víctima en aras de la patria.

Atravesó el perro de parte á parte,

y después le partió la cabeza hasta callarlo.

Cuando hubo terminado buscó más gente á quien matar; pero ya no había, y entonces fué cuando don Jacobo se sintió en todo el apogéo de su valor personal.

Permanecieron más de una hora aquellos bandidos abriendo baules y sacando ropa y dinero; obligaron á los prisioneros á cargar la mula de la casa con el botín, y dos guerrilleros con la mula y los dos peones á quienes obligaron á arrear, fueron los primeros que salieron del patio.

Capistrán había recorrido toda la casa.

Uno de los que rondaban por el exterior entró corriendo al patio.

—¡Mi coronel! viene gente, dijo á Capistrán.

—Vayan dos que vean quién es.

—¡Tropa armada! gritó un tercero.

—¡A caballo! dijo el jefe.

—Es la fuerza de la Soledad, gritó un tercero.

—Echa el hachón en el ocote y vámonos, dijo Capistrán á un camarada. Acá todos: que Juan, el Coyote y Chema cubran la retaguardia. ¡Vámonos!

—No están todos, dijo uno.

—Van por delante.

—¿Por *onde jalamos?*

—A cojer la vereda grande, y si nos pican mucho, en dispersión, á caer mañana al Gato.

—¿En la Lomita?

—Sí, hasta arriba.

No bien se habían alejado los últimos ginetes, cuando comenzó á salir de la casita blanca una ráfaga rojiza que iluminaba el principio de una nube negra en forma de espiral.

Aquella luz fué creciendo, y una

lengua de fuego se mecía magestuosamente en el espacio, difundiendo una penumbra temblorosa en los campos vecinos.

Pepe y Rafael venían por el valle con una fuerza de caballería, y al ver el incendio se desprendieron bruscamente de las filas para llegar los primeros.

El patio de la casa era una inmensa hoguera, que había comunicado el fuego á las trojes y á las piezas interiores.

Rafael iba á precipitarse con su caballo á aquel horno, y Pepe le detuvo.

—Todo está ardiendo; espérate.

—¡Rosario! gritó Rafael.

—¡María! ¡padre! gritó á su vez Pepe; ¡por dónde están? ¡padre, padre!

Solo el chasquido de la madera que ardía y ese zumbido siniestro de las grandes llamas, respondía á los acen-

tos de desesperación de aquellos jóvenes.

—¡Por atrás, gritó Pepe, por la otra puerta!

Y los dos hermanos se precipitaron en busca de la puerta.

Estaba rota la puerta de la troje que daba al campo; entraron á caballo gritando siempre á Rosario, á María y á su padre.

Nadie contestaba.

Se oyeron algunos tiros de los que cubrían la retaguardia á Capistrán.

Pepe y Rafael lograron penetrar por una ventana á las piezas interiores: el desorden de las habitaciones les reveló el drama que acababa de pasar.

El dolor de aquellos dos huérfanos no tenía límites.

—Estarán en el patio.

—¡Ardiendo! exclamó Rafael.

—¡Vamos!

—¡Vamos!

El viento, que comenzaba á soplar de nuevo, había alejado el humo y las llamas de la puerta, y los jóvenes pudieron penetrar algunos pasos; tropezaron con el cadáver de su padre, cuyos vestidos comenzaban á arder.

—¡Mi padre! gritó Pepe; ¡ay... y mis hermanas! ¡María! ¡Rosario!

Los dos jóvenes se precipitaron hacia el cadáver para apagarle los vestidos con las manos.

La fuerza de caballería de la Soledad, siguió persiguiendo á la guerrilla.

A Rafael le acometió un acceso de locura, y dejó á Pepe llorando sobre el cadáver del viejo.

Ni una voz humana resonaba al redor de la casita, de donde hasta los animales habían huído para el campo.

A poco rato apareció un peón que había logrado esconderse y encontró á

Pepe besando la fría y destrozada cabeza de su padre.

—¿En dónde están mis hermanas?

—Se las llevó la fuerza.

—¿Quién?

—Capistrán.

—¡Ah Capistrán, Capistrán! gritó aquel joven, levantando la frente al cielo como para pedir el castigo para el asesino.

Dos días después, á veinte leguas de distancia del rancho, la fuerza de la Soledad pudo alcanzar á la guerrilla.

Rafael estaba entre los perseguidores, se había incorporado con la esperanza de rescatar á Rosario: esta fuerza la mandaba el dueño del caballo prieto que montaba Don Jacobo, y estaba compuesta en lo general de vecinos agraviados por Capistrán.

Rafael fué acogido con entusiasmo por la fuerza, pues era conocedor del terreno y de valor acreditado.

Capistrán fué sorprendido en un recodo del camino, y no bien hubo aparecido su fuerza á la vista de la que lo perseguía, cuando lanzándose como una flecha Rafael, llegó hasta Capistrán que le esperaba preparado para dispararle á quemaropa.

Rafael había empuñado su espada.

Capistrán hizo fuego; pero casi al mismo tiempo se sintió pasado de parte á parte por la espada de Rafael.

Entre los demás contendientes, se trabó una lucha encarnizada, en la que hasta Don Jacobo, sacando fuerzas de flaqueza, se acreditó de valiente; se batió con el valor de la desesperación y fué afortunado en sus golpes, al grado de poner tres contendientes fuera de combate.

La fuerza de Capistrán desmoralizada, se dispersó, abandonando el botín.

Rafael acababa de caer herido; pero

en los brazos de Rosario y de María que habían presenciado aquella horrible escena.

El denuedo con que cargaron los perseguidores de Capistrán, hizo notable este hecho de armas al grado que un periódico dijo á los pocos días, que el supremo gobierno era lo más popular y querido que conocía, porque por todos los ámbitos de la república se veían levantarse fuerzas armadas y montadas por su cuenta para exterminar á la canalla.

Los restos de la fuerza de Capistrán formaron nueva banda á las órdenes de Don Jacobo Baca.



CAPÍTULO XII

De como la ventura del pollo, es flor de un día

EL lector, el benévolo lector, que hasta este capítulo habrá tenido la paciencia de seguir nuestro relato, ha visto á Concha desbarrancarse; y acaso juzgue por lo mal pergeñado de lo escrito hasta aquí, que el autor tiene más parte que las circunstancias en ese desbarrancamiento.

Pero, ¡léjos de nosotros tan dañada intención! y para probar que solo copiamos, hacemos en seguida algunas anotaciones.